CURSO SOCIAL

desarrollado en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina de Madrid

El sentido agresivo y canibalístico de la Sexualidad

Por el profesor R. NOVOA SANTOS

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid

Señor Ministro de la República. Señoras y señores:

Acudo hoy a vuestro llamamiento, quiero decir, al llamamiento del Comité organizador de estas Jornadas, libre de agobios y de preocupaciones profesionales, pero bajo la grave carga de un compromiso que no podré cumplir ni soslayar como yo quisiera.

A un público heterogéneo y preñado de inquietudes, ávido de todo lo que en esa parte de aroma sexual pueda decir, habría que ofrendarle un fuerte y sabroso manjar espiritual y no un liviano aperitivo; pero yo no me siento con fuerzas bastantes ni con ímpetu suficiente para cumplir gallardamente un tal cometido en esta hora. Me alivia, no obstante, el pensamiento de que toda labor es buena cuando se pone entusiasmo y cariño en ella, y me alivia aún más el pensamiento de que puedo entregarme de antemano a vuestra benévola acogida, aun en la seguridad de que lo que mis palabras digan no vengan a colmar el vaso de vuestras exigencias.

Turbio panorama es el que vamos a proyectar en este instante. Intentaré descubrir el sentido agresivo de la sexualidad y ensayaremos a revelar la significación canibalística, antropofágica, en aquellas cosas que palpitan en el subterráneo de la tendencia sexual.

Interroguemos. ¿Es el amor una agresión, un atrapar, un devorar la presa apetecida? ¿Hay una lucha perenne, profunda, eterna, de la cual es escenario el cuerpo de toda criatura contra las tendencias bivalentes que existen de continuo en sus entrañas? ¿Cuál es el significado oculto, profundo y remoto del canibalismo simbólico?

Vamos a tocar estos diferentes puntos, si no a fondo, porque no me siento con fuerzas ni con ímpetu para ello, al menos en su epidermis

más fina y vulnerable. Pero quiero decir ante todo que, en consideración al carácter de estas conferencias, enderezadas a un público heterogéneo, me veré obligado a expresarme en términos sumamente flexibles y suaves, desprovistos de todo lastre técnico y, por tanto, exentos de aquella rigidez, de aquella severidad con que acostumbramos a dictar nuestras lecciones académicas en el recinto universitario.

Iniciemos, señores, esta excursión recordando la vieja adivinanza estagirita: "¿Qué fué antes: el huevo o la gallina?". Para los que afirman que el huevo fué lo primero en el orden cronológico, se les arguye que no puede concebirse el huevo sin la gallina ponedora, y a los que afirman que la gallina fué lo primario, se les arguye que no puede concebirse el polluelo que se tornará más tarde en gallina si no es empezando por el huevo. El sistema tiene una solución: lo primario no fué la gallina ni el huevo: fué el gallo.

Esta respuesta que podemos dar a la adivinanza estagirita, es justamente la respuesta que dió la leyenda mosaica. Mucho más antes que el Fénix de Estagiro, Dios modeló aquel cuerpo del hombre con tierra labrantía y a este cuerpo le infundió soplo y espíritu. A este hombre le llamó Adán; luego, de una de las costillas de Adán surgió la "varona", Eva; esto es, que la hembra y el huevo fueron posteriores en su advenimiento al hombre Adán. Y he ahí, repito, por qué de este juego el espíritu de la adivinanza estagirita debe ser considerado en esta dirección: el gallo fué lo primero...

Pero el gallo, en términos más generales: el hombre, significa poderío y agresión. En estas exploraciones someras que vamos a hacer buceando en las turbias aguas de la sexogénesis, llegaremos a la conclusión de que todos los modos y formas expresivas del amor, las caricias, todas envuelven un profundo sentido combatible y destructor. Acariciar es agredir, acariciar es expresión de amor, pero amor es justamente esta agresión, tendencia a capturar, a la incorporación del ser objeto de nuestro amor, incorporación en el sentido material que esta palabra significa. Es preciso, pues, atrapar la presa, atraparla violentamente, sojuzgarla; es preciso luego comérsela y tras de comérsela, digerirla. Esta es la única forma en que una cosa externa del mundo la podemos incorporar a nuestra propia entraña.

Para hacer carne nuestra y sangre nuestra y espíritu nuestro, no hay más que un camino para lo que está fuera, lo que está en el contorno del mundo: atraerlo a nosotros y digerirlo y asimilarlo. Atrapar, pues, comérselo y asimilarlo, trasmutarlo en nuestra propia sustancia corporal.

Cuando la madre desliza una caricia en la frente de su hijito, cuando el enamorado da un beso a su mujer o a su amada, ignora que tras esta caricia se enciende un oculto sentido de combate y de destrucción—porque ya veremos e insistiremos luego en este aspecto—que amar es poseer; pero ¿cómo el hombre, cómo la persona humana puede llegar a poseer últimamente, entrañablemente, cualquier cosa? Lo único nuestro, realmente nuestro, como don de la Naturaleza, como regalo de Dios, es nuestro cuerpo y nuestra alma, esa cosa dual que para nosotros es una única cosa. Pero para hacer nuestro—acabo de indicar—lo que apetecemos, aquello que está fuera de nosotros poderlo hacer, nuestra propia carne y nuestra propia alma, no hay más que una ruta abierta, no hay más que una senda libre. Esta senda libre, este camino abierto es el camino del canibalismo, del cual todavía veremos en el momento presente reliquias y vestigios abundantes en las relaciones sexuales de las bestias y de los hombres.

Pensemos un momento en esta selva casi virgen de lo relativo al origen de la sexualidad. Hay, desde luego, organismos elementales que desconocen el sexo. Un tenue cuerpecito vivo, una masa palpitante que crece, que alcanza un cierto volumen y luego se excinde en fragmentos, y cada una de esas pequeñas naves vivientes crecen y su masa llega a romperse y vuelven a quebrarse en más pequeñas navecillas, cada una de las cuales hace rumbo a su destino. Todavía no se ha comprendido el sexo; no ha fraguado todavía la sexualidad. Pero estos seres, estos minúsculos proteicos que se excinden sólo por segmentación, lo hacen en un ambiente, en un medio siempre propicio: abundan los alimentos, hay luz, hay aire libre, y estas pequeñas partículas viven perfectamente con esas condiciones beneficiosas.

Pero ¿qué va a acaecer, qué va a ocurrir si tales seres, tales formas elementales se encuentran con un medio pobre en sustancias nutritivas? Entonces, sólo entonces, aparece en una forma naturalista el principio de la reproducción sexual. Un cuerpecito hambriento, exhausto, que se dirige a un compañero próximo, que lo influye, que lo atrapa, que la ingiere. Los dos cuerpos se hacen entonces un solo cuerpo, y esto es un acto de canibalismo simbólico. Por no perecer de hambre en un ambiente propicio, ¿qué recursos hay, qué vía hay abierta y libre para que un ser no perezca de hambre? La única vía es atrapar a un compañero, extender los tentáculos, cazarlo, engullirlo, ingerirlo y asimilarlo. He aquí por qué la primera reproducción celular responde a ese imperativo. Es un imperativo trófico, es necesidad de no perecer de hambre, y, a este atrapar, a este captar la presa, que es siempre un compañero, un hermano, ese atrapar la presa, digo, es lo que constituye la reproducción en la cual to-

davía no hay sexo ni diferenciación. Dos cuerpos que se funden, que se adhieren, que se inmiscúan íntimamente. Los naturalistas lo dan como una reproducción; pero los naturalistas nos advierten que esta reproducción es primitiva; solamente se establece cuando el medio, cuando el soporte es precario, cuando no hay alimentos bastantes. Es, pues, un medio de conservar la vida de la especie: los más ágiles, los más traslativos, los que tienen más fortaleza, engullen, atrapan, digieren a los compañeros más exhaustos y más débiles.

De estos dos elementos, el elemento captador, el elemento capturado, el primero tiene la significación del macho; el segundo la significación de la hembra. Es, pues, el agresor, el capturador, comúnmente el más traslativo, el más móvil o el más fuerte, el que significa el macho. El elemento capturado, el más inerme, más exhausto, es el que en esta reproducción tiene el valor o la significación de la hembra. Macho y hembra todavía informes, sin diferenciación sexual, unidos por cauces tortuosos, por vías subsidiarias. Se establece más tarde la neta diferenciación sexual, pero siempre, en última instancia, en este proceso de la diferenciación sexual más completa de todas las formas orgánicas, tiene el macho la significación de elemento dominador y agresivo y la hembra la significación de elemento capturado, asimilado y digerido.

Y he aquí por qué, según este criterio, resulta que el amor, que las primeras nupcias, cuando alborea el sexo, no es cariño, no es caricia en ese sentido biológico de la palabra: es realmente una agresión, un cuerpo que asalta a otro cuerpo, un ser lleno de vigor que atrapa e ingiere al más exhausto, al más inerte.

Primero es un contacto suave: un ser que se pega a otro ser, al ser que va a ser asimilado o digerido. Este contacto suave: una inmiscución suave de dos cuerpos que funden su sustancia, que se convierten en un solo cuerpo y este cuerpo que se excinde en dos fragmentos. Pero he aquí por qué, en última instancia, en estas profundas aguas de la sexogénesis puede sustentarse este punto de vista de que inicialmente, originariamente, el trazo sexual que se establece por imperativo trófico, por no perecer de hambre, el ser que tiende a agredir, el ser vigoroso, es el ser macho; y el ser capturado, el organismo quieto, la forma que no se mueve, la forma inmóvil, tiene siempre en toda forma biológica la significación del organismo hembra.

Vemos, pues, con alguna claridad, cómo si profundizamos un poco nos topamos con esta concepción, al parecer monstruosa, de que la caricia, el contacto, la caricia de los ojos y de los labios o el acariciar táctilmente, es siempre un simbolismo de agresión. "Conquistar" y "seducir" son dos términos usados en la rica terminología amorosa. Esto de "conquistar" y esto de "seducir" es siempre, en última instancia, el atrapar, es siempre una tendencia a comerse la presa para hacerla nuestra propia sustancia y saborearla. Todavía se divisan por doquier vestigios de ese primitivo sentido canibalístico de la sexualidad. Cuando los observadores escrupulosos—aun nosotros en la vida corriente—tenemos ocasión de asistir a las nupcias de las bestias o de ciertas bestias, recibimos ya de momento la impresión de que una nupcia no va a darnos la impresión de una caricia, sino la violenta apariencia de una agresión: el macho que se clava en la hembra, el macho que sojuzga a la hembra, la hembra que se queja... En la mayor parte de las formas animales superiores, tiene fundamentalmente la relación sexual, la nupcia de las bestias, ese sentido violento: el macho que agrede, es siempre el macho el agresor; no hay la impresión de una caricia directa, de un contacto suave; todo es violencia, todo es pasión, pasión y violencia que responden siempre a ese profundo sentido agresivo de la sexualidad.

Y en el hombre también. Todavía hallamos en el hombre largos vestigios y profundas reliquias de ese primario sentido agresivo y canibalístico de la sexualidad. Tomemos, por ejemplo, el origen del beso y de ciertas manifestaciones sádicas normales en todos los hombres civilizados y también en una gran mayoría de mujeres. El beso se inicia como un acto suave, pero hay una expresión entre nosotros, expresión de la madre hacia su hijo, expresión del amante a su amada, que responde en el fondo a este deseo trófico de la sexualidad: la expresión de "te comería a besos", "quisiera comerte a besos", no indica más que el beso en su origen responde también a ese rotundo sentimiento trófico y canibalístico de la sexualidad. Del beso suave de la madre a su hijo, aquello de decir la madre a su hijo: "Te comería a besos", del beso suave realmente, del beso de ternura, se pasa al beso apasionado; pero el beso apasionado ya no se limita a los labios: se extiende a una gran superficie acariciadora del sujeto enamorado. Pero también esté beso apasionado, este beso ya violento, que entraña una cierta violencia, una cierta agresión... Esta violencia y esta agresión culminan luego en otras formas corrientes, especiales, del beso, en el *beso mordisco,* que es esto de hincar los dientes y los labios en la sabrosa carne de mujer, que es ya el primer gesto para comérsela materialmente...

Luego, de este beso mordisco se pasa a manifestaciones sádicas más o menos violentas. Del beso que es agresión, del morder que es agresión, se pasa ya a violencias sádicas de un tipo marcadamente patológico; pasamos a las verdaderas agresiones sádicas. No basta ya entonces

el beso apasionado, ni basta tampoco el beso mordisco: es preciso macerar la carne, estrujarla, morderla, destruirla; es preciso, además, matar al ser amado, matarlo y luego ingerírselo, y así culminan ciertas formas de sadismo en una forma de antropofagia.

Por más que el sadismo haya sido conceptuado como expresión de un instinto de dominio y de poderío, como la expresión del instinto de crueldad del hombre y de las bestias, creo yo que podemos curarlo o dominarlo. Surge el sadismo, la violencia sádica, repito, como expresión de esa primaria tendencia agresiva que es origen de la propia sexualidad y como deseo, deseo oculto, deseo turbio, deformado, sublimado a nuestros ojos, pero deseo, al fin, de atrapar, de comerse y de asimilar al objeto o a la presa poseída.

No sabríamos decir, ni tampoco importa grandemente, cuál es el verdadero motor de la antropofagia simbólica y de la antropofagia sádica, aunque yo creo que la significación de las formas sádicas o no sádicas, de tipo antropofágico, responden evidentemente a este oculto y remoto sentido canibalístico de la sexualidad. Wolk, un biólogo de nota, sugería el pensamiento de que la antropofagia descargó la superior cultura de la humanidad. Según Wolk, el hombre comenzó a liberarse de la Naturaleza en cierto modo; comenzó su ruta de liberación de la Naturaleza cuando había pasado de un régimen primero frugívoro y de una vida, en cierto modo, arborística; cuando pasó, repito, a un régimen carnívoro. Este cambio de régimen ha sido, según Wolk, uno de los acicates más firmes, uno de los motores que han zumbado más para que el espíritu del hombre se liberara.

Pero veamos ahora si nosotros podemos sorprender en la antropofagia del momento actual, de los pueblos caníbales, por ejemplo, este sentido canibalístico de la sexualidad a que me vengo refiriendo *in extenso* en el curso de esta disertación.

Todos, y no parezca monstruoso, todos hemos sido en cierto modo antropófagos, no antropófagos en el sentido de devorar carne humana, sino en el sentido de nutrirnos de las carnes de nuestra madre. La antropofagia es, realmente, un régimen alimenticio económico en el sentido biológico. Para los animales carniceros, para el hombre, es el régimen de nutrición más económico biológicamente aquel que está constituído por materiales de la misma procedencia específica: para el perro, carne de perro, y para el hombre, carne humana, naturalmente.

Esta demostración se ha hecho, por vía experimental, por gran número de biólogos y naturalistas, pero importa decir ahora que este régimen económico, este régimen para nosotros, de antropofagia canibalística se da, naturalmente, en una forma suave, discreta, en todo ser que va en las entrañas de su madre un ser en evolución que va en la oquedad de la matriz, que sorbe la sangre de la madre, que es carne de su carne, de su misma especie... Más tarde, ese ser sorbe la leche de su madre. Entonces es, en última instancia, el régimen más económico... el nutrir los seres con alimentos de la misma especie animal.

Naturalmente, aquel sujeto que está en inedia, en larga inedia, que ayuna por accidente o que durante dos o tres meses se pasa sin comer, se alimenta de su propia carne, es un acto de autofagismo; pero el ser que en el huevo o el embrión que en el huevo, en la cripta de la matriz, se nutre con sangre de la madre es, en última instancia y desde un punto de vista biológico, un acto inicial de antropofagia.

Y he aquí por qué no hay que asustarse al pensar que la antropofagia tiene un cierto sentido económico desde el punto de vista de nuestro doctrina biológica. Pero esto no es realmente el canibalismo a que nos venimos refiriendo. Nos referimos al acto material de alimentarnos con carne de nuestra misma procedencia específica: con carne humana.

Veamos cómo esto es corriente, cómo esto es diario, cómo esto lo realizamos todos los hombres con creencias religiosas en una forma simbólica, y veremos luego cuál es, en última instancia, la manifestación simbólica de la ingestión eucarística sacramental y del sacrificio totémico en las religiones de todos los países.

Para el hombre creyente de una religión totémica, su totem, el animal que se sacrifica, su totem, digo, es de su misma sangre y de su misma estirpe, de tal suerte que la comunidad de fieles que ofrenda el sacrificio del totem, y el totem, el animal sacrificado, forman una comunidad, forman una cosa común, son miembros todos de la misma sangre, de la misma filiación. Aquel miembro de la comunidad que ingiere la carne o la sangre del animal sacrificado, no sólo se santifica con esta ingestión, sino que además estrecha más sus lazos con la propia divinidad, de la cual no es más que una representación simbólica el totem.

Ahora bien: ¿qué representación, qué significación asume el totem en una religión totémica? Asume, según la escuela psicoanalítica, la representación del padre, de tal suerte que el sacrificio del animal, del totem, es un acto de agresión y un acto de muerte de un ser de la misma especie; pero como tal totem, como tal bestia sacrificada, representa simbólicamente al padre de la tribu, al que se da muerte por motivos incestuosos, resulta, en última instancia, que el que ingiere carne del totem ingiere sencillamente carne de la propia divinidad, sangre del padre de la tribu.

¿Pero es posible, es que podemos divisar las cosas bajo otro ámbito? Aparte esta interpretación de la escuela psicoanalítica acerca de la significación del totem que asume la representación del padre, veamos, en muy célera sucesión, lo que acaece, por ejemplo, en otro acto de teoantropofagia simbólica.

Hasta ahora, el totem ha sido un animal, pero en este instante, ya en este punto, el totem es una persona humana, es un hombre. Este hombre es la representación de la divinidad; pero como tal totem es sacrificado por la comunidad, y en las tribus caníbales los despojos del hombre sacrificado son ingeridos, y es ésta una forma de teoantropofagismo efectivo y no simbólico. Los miembros de la comunidad consumen la carne y la propia sangre del hombre totem que es sacrificado. Hay, pues, aquí, una manifestación canibalística que nace de un acto religioso, cuyo profundo origen descubrimos en una sensación genuinamente sexual. Luego, más tarde, sigue siendo el totem en la religión totémica una persona humana; pero si la tribu no es caníbal, entonces este totem es un maniquí humano, es un cuerpo, una cabeza, unos miembros que simbolizan el cuerpo humano. A este totem humano se le sacrifica y sus despojos se reparten y se conservan como reliquias; no hay, realmente, ingestión en el sentido material de la palabra, pero hay una forma simbólica más de teoantropofagia, no como antes una forma *de facto* de teoantropofagia.

Pero luego acaece también que una de las más puras religiones, esa religión en que casi todos los que me escuchan son creyentes o devotos de ella, existe esa forma religiosa más sublimada, más pura y más depurada en apariencia, pero que tiene una significación sexual. También descubrimos en ella el carácter netamente antropofágico o canibalístico del amor divino que es, en última instancia, una transmutación, una liberación, una sublimación de los primitivos instintos sexuales. Esto es, en última instancia, la ingestión sacramental eucarística.

Veamos, en una sucesión apresurada, cómo la imposición sacramental eucarística cristiana lleva consigo este modo que tengo de ver las cosas, esta significación.

Primero: Se instituyó... o mejor, según la leyenda mosaica, la primera pareja humana es expulsada del Paraíso gracias a un pecado de prevaricación de Adán que no resistió las solicitudes de su mujer. Segundo: Cristo instituye o se ofrenda en sacrificio para salvar a la Humanidad e instituyó antes la comida eucarística. Tercer punto: la comunidad de fieles cristianos y Cristo, el Padre Dios, son miembros de una misma comunidad, son miembros de una misma familia. Aquel que ingiere la partícula consagrada, quien ingiere el disco de pan sin levar, la hostia, se santifica y aprieta más sus lazos comunes con el resto de la comunidad de fieles, con Jesucristo y con el Padre Eterno.

Hay, hasta ahora, una clara filiación totémica en el acto de la ingestión sacramental eucarística. Pero, como toda ingestión, o mejor, como lo que dió origen a esta forma ha sido originariamente un pecado de prevaricación de tipo sexual, ¿qué resulta en última instancia? Que la ingestión totémica, el antiguo acto antropofágico totémico de hecho, y el simbólico de hoy, la ingestión sacramental eucarística, cristiana, responden fundamentalmente a esto que, en su origen o en sus fuentes más profundas, significa la sexualidad, tendencia agresiva y tendencia canibalística, tendencia a ingerir aquello que es precisamente amado.

Pero veamos luego cómo el lenguaje que emplea el enamorado y el que emplea el místico tienen tantos puntos de contacto. Quien haya leído a nuestros más caros místicos españoles, quien haya leído los diálogos de los enamorados y las leyendas amorosas clásicas de la Humanidad, se habrá convencido de que no hay una diferencia sustantiva, ni diferencia de fondo, ni diferencia en hondura, entre el lenguaje del místico enamorado o del creyente enamorado y el lenguaje del hombre enamorado de una mujer.

Aquello que fray Luis de Granada (que tenía, por cierto, sangre de mis tierras, de las rías bajas de Galicia), aquello que fray Luis de Granada decía en sus "cánticos espirituales" refiriéndose el amante al amado:

Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura,
Mira que es la dolencia
De amor que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

Para fray Luis, el amante se da por satisfecho cuando tiene ante sí la figura del ser amado, la presencia del amor; pero no vió que para sentirse realmente dueño de una persona no basta tan sólo su presencia: es, como digo, siempre necesario atrapar al objeto apreciado, deseado; devorarlo violentamente y digerirlo; los labios percibirán y hasta aspirarán su olor, y esto es justamente lo que se realiza en la ingestión sacramental eucarística.

¿Qué manera hay o qué camino tenemos expedito para hacer carne nuestra la carne de la persona amada? ¿Cómo dos enamorados pueden fundirse en una sola unidad? ¿Cómo un hombre, cómo una mujer también, pueden en tal forma confundirse, mezclarse íntimamente, que dos

seres, que dos cosas divisas se hagan una sola cosa? No hay más que un camino expedito, es el camino, repito, de la ingestión, este caso simbólico de la ingestión sacramental eucarística, que es, con toda seguridad, una forma simbólica de antropofagia totémica.

Bajo qué fórmula ese disco de pan, esa partícula de masa sin levar, representa o lleva en sí el espíritu y el cuerpo de Dios, es cosa que no nos interesa a nosotros como médicos ni como biólogos. Aquel pensamiento cartesiano de que el disco de pan, la hostia, es realmente el cuerpo de Dios, no simbólicamente, sino realmente el cuerpo de Dios, en cuanto las palabras de la consagración insuflan el espíritu del Señor, para nosotros, aun cuando el químico, el naturalista, no puedan descubrir ningún cambio químico en la composición de este disco de pan desde el momento antes al momento después de la consagración, para nosotros, o para vosotros también, para todos, ese disco de pan no es sólo el símbolo del Señor: es, además, cuerpo real y cuerpo vivo y sangre viviente.

Pero yo pregunto ahora: aquel creyente que ingiere aquel pequeño disco de pan consagrado, ¿no ingiere el cuerpo de Dios, mejor dicho: no ingiere el cuerpo de Dios Hombre simbólico, la Santísima humanidad de Cristo; pero no ingiere realmente, según la inmensa mayoría de los creyentes—cosa que podemos admitir sin gran cuidado—, ingiere también realmente carne propia? Quien ingiere este cuerpo, quien se transmuta en su propio cuerpo y en su propia carne se incorpora realmente el cuerpo y el espíritu del Señor. Por esto, es necesario siempre incorporarnos el cuerpo y el espíritu comiendo y absorbiendo y asimilando, y he aquí por qué las religiones más purificadas, que tienen una extremada significación simbólica en el mismo aspecto, pero un poco más grosero, más bestial en las primeras religiones; en última instancia, todas las criaturas, todas las religiones, todas las gentes saben realmente que la única forma de dar satisfacción al amor entrañable, al amor íntimo, al amor que tiende a hacer de dos cosas una sola cosa, de dos personas una persona única, no es más que esto: asimilarse a la persona, comérsela, digerirla y asimilarla.

Intentemos ahora en pocas palabras precisar, concretar cómo esta lucha que es primitivamente la sexualidad, este deseo de no perecer de hambre y el afán de comerse al hermano, al compañero: cómo esto que es el amor y que es profundamente una agresión o una caricia (si la caricia es de agredir, caricia es amor también), cómo toda esta lucha tan remota y tan honda que tanto ha conmovido y que tanto nos conmueve aún, veamos, repito, cómo esta lucha todavía se da entre nosotros, cómo

en nuestro cuerpo, que tiene una estructura que vamos a esquematizar rápidamente, hay también una lucha entre la tendencia varonil que llevamos y las tendencias femeninas, vestigios de las cuales aún vemos con gran frecuencia.

Supongamos esa mixtura, esa mezcla de ingredientes masculinos y de ingredientes femeninos. Planteemos el problema: ¿hay machos puros en el sentido biológico de la expresión, hay hembras puras, puras hembras? Ni machos puros ni hembras puras. La hembra, una mujer, o una "varona", tiene un nominante aspecto femenino, pero profundamente, internamente, en algún recoveco más oculto de sus entrañas hay todavía algún vestigio masculino. Igual que en el hombre: tras la apariencia masculina, o a pesar de ella quizás, hay remanentes, hay ocultos vestigios, externos a veces, otras veces profundamente interiores, que dan la revelación de que en última instancia toda criatura, bestia o persona humana, es una mixtura, una mezcla de tendencias bivalentes, algo varonil y mucho femenino en la mujer; mucho varonil y vestigios, reliquias diminutas, pequeñas, femeninas en el varón. Es el mito viejo del "andrógino" que surgió en el Oriente.

Nuestros actuales investigadores en el campo de la Biología vienen a resucitar este viejo mito, de tal suerte, que el mito del andrógino lo podemos dar por seguro como un objeto redivivo, como algo que responde suficientemente a una realidad anterior.

Ahora bien: no hay machos puros ni hembras puras. Y ¿cuál es el sentido de la evolución sexual de la Humanidad? ¿Qué punto, qué trayectoria va a recorrer, a qué playa va a amarrar nuestra barquilla? ¿Cuál va a ser la dirección que nuestro timón sexual va a imprimir a la nave que lo desplaza?

Quiero decir, aunque sea un hecho repetidamente sabido, que en las comunidades humanas primitivas, prehistóricas y también en las complejidades humanas de la época proto-histórica, y de momento presente en las capas menos delicadas de la sociedad, hay una marcada tendencia a la sexualidad y a la mezcla de los caracteres, de modo que el hombre es más femenino y la mujer más masculina. Esta bivalencia, esta mixtura de caracteres heterosexuales en una misma criatura, hombre o mujer —bestia macho, bestia hembra: poco importa—, ¿en qué sentido va a descargarse, en qué sentido va a prosperar? ¿Va el hombre, el macho, a ir soltando ese lastre femenino que aún tiene y se va a formar andando el tiempo un macho genuino, un macho puro, sin vestigio ninguno femenino? Y la mujer, nuestra "varona", ¿va a descargarse también poco a poco de esa pesadumbre masculina que aún la agobia y va a transmutarse

en una hembra biológica pura, sin residuos ni vestigios de bivalencia? ¿Va a ser en la Humanidad, en el porvenir, el hombre todavía más viril y la mujer todavía más femenina o, por el contrario, va a surgir un giro en la marcha, va a girar el timón nuevamente y vamos a tornar al punto de partida heterosexual?

Hasta el momento presente, todo cuanto nuestra mirada alcanza —mirando al dorso, a la espalda—nos viene a demostrar que esta evolución sexual de la Humanidad se ha realizado en el sentido de una mayor diferenciación sexual. La mujer se ha tornado más mujer, más cada día, y el hombre más varón cada día también. Hemos llegado, pues, a este punto, a este momento actual; pero en esta dimensión del tiempo, en este futuro próximo o remoto, ¿qué nos aguarda, qué es, señores, lo que va a acaecer? ¿Hombre y mujer van a continuar diferenciándose, van a tornar a ser menos diferenciados, o bien cabe la posibilidad, que yo veo cercana, de que va a ser el hombre cada vez más hombre y la mujer cada vez más hombre también?

Veamos cómo puede enfocarse el problema y cómo puede darse una solución provisional o por lo menos aproximada.

Hemos dicho, y en esto está el núcleo, el basamento de esta conferencia, que en el comercio sexual es el macho el elemento dominador y la hembra el elemento capturado, el asimilado. Es el macho, entonces, el traslativo, el fuerte, el de mayor inteligencia y de mayor fortaleza física: fué la hembra el organismo más liviano, más endeble, exhausto, quizá inerme, sobre el cual el macho realizó una fuerte opresión. De tal suerte, que se ha decidido por algunos investigadores que esta diferencia sexual actual del sexo se debe en gran parte a la opresión de la hembra por el macho. Si a la hembra le queda una ruta femenina y se afemina cada vez más, y si el hombre se viriliza cada vez más también, es porque el macho la ha oprimido, el macho la ha sojuzgado y fué el macho, este imperativo masculino de agresión, el que puso tal divergencia en los caracteres sexuales.

Admitamos este expuesto: el que oprime, el que sojuzga, es realmente el más fuerte; pero si la hembra fué oprimida no lo fué sin motivo alguno: hay motivos profundos, biológicos inicialmente. La fortaleza agresiva del macho, el carácter agresivo del macho, esto fué suficiente para que el macho sojuzgara a la hembra y que pudiese imponer este imperativo potencial por el que la hembra va recta en su ruta y que el hombre va también camino de su destino.

Este trayecto que hemos recorrido y que ha contribuído a esa diferenciación sexual, ¿estamos a punto de perderlo o de ganarlo? Nadie lo

sabe, pero veamos cómo la mujer puede perder de cierto modo y cómo el hombre puede ganar.

Según este criterio, en un esquema que acabo de exponer, fué el macho el dominador o el que impuso, por cierto modo, por motivos especiales, esta marcha hacia la diferenciación. Pero veamos lo que ocurre en cada uno de nosotros, en el cuerpo de cada criatura.

Si hay, como ya hemos convenido en ello, elementos masculinos y otros varios y muy oprimidos elementos femeninos, el macho tenderá a imponerse, ahogando, estrujando, engulléndose los vestigios femeninos que aún posea. De manera que, según este criterio, en esta evolución que estamos proyectando, resultaría que todo aquello que el hombre tiene de macho va englobando, va borrando aquello que aún conserva de mujer, en tal forma, que este macho se viriliza cada vez más, se descarga cada vez más de elementos o sustancia femenina.

Pero la mujer, ¿qué es lo que va a hacer? Si en la mujer hay mucho de mujer y hay muy poco todavía de hombrecito, si en la mujer hay vestigios masculinos y por definición hemos considerado lo masculino como agresivo y dominador, como aquello que se come al compañero que es la hembra, resultará, según este concepto puramente especulativo, que aquello que la mujer tiene de hombre se irá imponiendo cada vez más. Y la mujer será por esta vía cada vez un poco más hombre.

Si por esta trayectoria, si por este camino del hombre cada vez más hombre, pero la mujer cada vez más hombre también, y la mujer es cada vez más fuerte y de más talento, la mujer genial, enciclopédica, es precisamente por aquello que la mujer tiene siempre de hombrecito (porque siempre hay el hombrecito que surge), un carácter sexual, por ejemplo, en las obras especiales del espíritu, de tal manera que la mujer se supera siempre, porque es en ella el transformador, el macho, que impera en ella como elemento agresivo y combatible.

Y hay, por fin, para terminar, porque me hago cargo de vuestra fatiga y de la mía, una tercera ruta que puede seguir la evolución de la sexualidad, siempre con sujeción a este criterio del carácter potente y agresivo del macho.

Hemos visto la primera, que es esta ruta divergente, una marcada bisexualidad originaria: dos directrices, la masculina y la femenina. Hemos visto, ahora acabamos de ver, una segunda posición, la de virilización mayor del macho y la mayor virilización de la hembra, partiendo de que en esta lucha siempre enconada, profunda, incoercible e inagotable, perenne siempre, hay una pugna en el cuerpo de toda criatura, una sustancia que se nutre con otra, y que es lo que tiene el hombre de hombre

en una hembra biológica pura, sin residuos ni vestigios de bivalencia? ¿Va a ser en la Humanidad, en el porvenir, el hombre todavía más viril y la mujer todavía más femenina o, por el contrario, va a surgir un giro en la marcha, va a girar el timón nuevamente y vamos a tornar al punto de partida heterosexual?

Hasta el momento presente, todo cuanto nuestra mirada alcanza —mirando al dorso, a la espalda—nos viene a demostrar que esta evolución sexual de la Humanidad se ha realizado en el sentido de una mayor diferenciación sexual. La mujer se ha tornado más mujer, más cada día, y el hombre más varón cada día también. Hemos llegado, pues, a este punto, a este momento actual; pero en esta dimensión del tiempo, en este futuro próximo o remoto, ¿qué nos aguarda, qué es, señores, lo que va a acaecer? ¿Hombre y mujer van a continuar diferenciándose, van a tornar a ser menos diferenciados, o bien cabe la posibilidad, que yo veo cercana, de que va a ser el hombre cada vez más hombre y la mujer cada vez más hombre también?

Veamos cómo puede enfocarse el problema y cómo puede darse una solución provisional o por lo menos aproximada.

Hemos dicho, y en esto está el núcleo, el basamento de esta conferencia, que en el comercio sexual es el macho el elemento dominador y la hembra el elemento capturado, el asimilado. Es el macho, entonces, el traslativo, el fuerte, el de mayor inteligencia y de mayor fortaleza física: fué la hembra el organismo más liviano, más endeble, exhausto, quizá inerme, sobre el cual el macho realizó una fuerte opresión. De tal suerte, que se ha decidido por algunos investigadores que esta diferencia sexual actual del sexo se debe en gran parte a la opresión de la hembra por el macho. Si a la hembra le queda una ruta femenina y se afemina cada vez más, y si el hombre se viriliza cada vez más también, es porque el macho la ha oprimido, el macho la ha sojuzgado y fué el macho, este imperativo masculino de agresión, el que puso tal divergencia en los caracteres sexuales.

Admitamos este expuesto: el que oprime, el que sojuzga, es realmente el más fuerte; pero si la hembra fué oprimida no lo fué sin motivo alguno: hay motivos profundos, biológicos inicialmente. La fortaleza agresiva del macho, el carácter agresivo del macho, esto fué suficiente para que el macho sojuzgara a la hembra y que pudiese imponer este imperativo potencial por el que la hembra va recta en su ruta y que el hombre va también camino de su destino.

Este trayecto que hemos recorrido y que ha contribuído a esa diferenciación sexual, ¿estamos a punto de perderlo o de ganarlo? Nadie lo

sabe, pero veamos cómo la mujer puede perder de cierto modo y cómo el hombre puede ganar.

Según este criterio, en un esquema que acabo de exponer, fué el macho el dominador o el que impuso, por cierto modo, por motivos especiales, esta marcha hacia la diferenciación. Pero veamos lo que ocurre en cada uno de nosotros, en el cuerpo de cada criatura.

Si hay, como ya hemos convenido en ello, elementos masculinos y otros varios y muy oprimidos elementos femeninos, el macho tenderá a imponerse, ahogando, estrujando, engulléndose los vestigios femeninos que aún posea. De manera que, según este criterio, en esta evolución que estamos proyectando, resultaría que todo aquello que el hombre tiene de macho va englobando, va borrando aquello que aún conserva de mujer, en tal forma, que este macho se viriliza cada vez más, se descarga cada vez más de elementos o sustancia femenina.

Pero la mujer, ¿qué es lo que va a hacer? Si en la mujer hay mucho de mujer y hay muy poco todavía de hombrecito, si en la mujer hay vestigios masculinos y por definición hemos considerado lo masculino como agresivo y dominador, como aquello que se come al compañero que es la hembra, resultará, según este concepto puramente especulativo, que aquello que la mujer tiene de hombre se irá imponiendo cada vez más. Y la mujer será por esta vía cada vez un poco más hombre.

Si por esta trayectoria, si por este camino del hombre cada vez más hombre, pero la mujer cada vez más hombre también, y la mujer es cada vez más fuerte y de más talento, la mujer genial, enciclopédica, es precisamente por aquello que la mujer tiene siempre de hombrecito (porque siempre hay el hombrecito que surge), un carácter sexual, por ejemplo, en las obras especiales del espíritu, de tal manera que la mujer se supera siempre, porque es en ella el transformador, el macho, que impera en ella como elemento agresivo y combatible.

Y hay, por fin, para terminar, porque me hago cargo de vuestra fatiga y de la mía, una tercera ruta que puede seguir la evolución de la sexualidad, siempre con sujeción a este criterio del carácter potente y agresivo del macho.

Hemos visto la primera, que es esta ruta divergente, una marcada bisexualidad originaria: dos directrices, la masculina y la femenina. Hemos visto, ahora acabamos de ver, una segunda posición, la de virilización mayor del macho y la mayor virilización de la hembra, partiendo de que en esta lucha siempre enconada, profunda, incoercible e inagotable, perenne siempre, hay una pugna en el cuerpo de toda criatura, una sustancia que se nutre con otra, y que es lo que tiene el hombre de hombre

que se engulle a lo que hay de mujer, y en la mujer todo lo que tiene de hombre va engullendo lo que todavía le queda de mujer.

Pero esto, que es una cuestión puramente especulativa, tiene un basamento fisiobiológico. Hase averiguado, y fué Gentil quien lo indicó, este aspecto curioso de la transmutación de los hechos que ciertos animales, por supuesto animales muy remotos, muy alejados de nosotros, de cuya observación tampoco se podía sacar conclusión directa; Gentil, digo, ha observado que en estos seres los organismos que tienen caracteres sexuales dominantes, que tienen mucho de macho y mucho de hembra, que tienen una androginia muy esplendente, todo evoluciona en sentido masculino. Un andrógino, mixtura equilibrada de macho y hembra, no evoluciona en sentido femenino nunca: evoluciona siempre en sentido masculino.

Esto, traído a nuestro terreno, quiere significar una cosa: que cuando un ser andrógino con carácter bivalente, con tendencia ponderada de macho y hembra, este ser, andando el tiempo, evoluciona en sentido masculino. Esto es, que lo que es macho en este ser, asume y oprime y ahoga y sojuzga a lo que es hembra, y el ser andrógino evoluciona, no en el sentido femenino, sino siempre siguiendo la directriz normativa masculina.

Hay, por último, esta tercera posibilidad. En esta lucha incoercible en nuestros caracteres sexuales, ¿va el hombre a dar un giro, una vuelta en su vida y va a tornar al ser andrógino, o más bien heterosexual, como en las épocas prehistóricas, como en las épocas primitivas? Hasta ahora hemos disputado que la evolución progresiva, la ascensión en la escala desde el punto de vista sexual consistía en esto: en feminizarse ellas y en virilizarnos nosotros. Esta segunda perspectiva que acabamos de oír nos da un nuevo aspecto a las cosas. Ellas se van a feminizar cada vez más, nosotros a virilizarnos cada vez más también. Y queda esta tercera posibilidad evolutiva de que demos una vuelta y tornemos al punto de partida, que tornemos a la androginia, a la primitiva y sobresaliente heterosexualidad de los pueblos prehistóricos.

¿Cómo y por qué va a realizarse este cambio? Ahora, bajo esa fórmula igualitaria de la ecuación sexual, de que somos iguales mujeres y hombres, tienden en parte los Estados a hacer unas normas de domesticación... ¡Líbrenos Dios de la domesticación siempre!... Pero el hecho es que estas tendencias que están en ciernes de crearnos los caracteres diferenciales actuales va a conducir realmente a esta vuelta heterosexual, a este giro, a esta tendencia de que la Humanidad del porvenir va a encontrarse en el punto de origen de la Humanidad primitiva.

Es realmente también ésta una forma evolutiva. La evolución no es siempre progresión, no es siempre ascensión: hay evoluciones por rutas espirales o circulares, que son una forma también de evolucionar. Aquel hombre que se encuentra sin punto alguno de referencia en una estepa nevada o con un aire cargado de niebla, este hombre no tiene brújula que le oriente, ni estrella que le alumbre, ni fita en el camino que le haga ver rutas conocidas; este hombre que quiere marchar de un mundo a otro, en línea recta, jamás alcanza su destino: este hombre que marcha siempre hacia su frente, no llegará a un punto de destino, volverá, en su caso, siempre al punto de partida. Este hombre pasa a su destino, lo traspasa y vuelve al punto de partida y, con sorpresa, a la vuelta de muchos trayectos, de espirales, o de una sola vuelta circular, este hombre, sorprendido, se encuentra con que está en el punto de origen y que no ha sabido llegar hasta su destino.

Esta falta de orientación es natural en el hombre y en todo animal desorientado, pero esta evolución circular o esta ruta circular, es también la ruta, una ruta evolutiva: el camino no es ir con el timón siempre en línea hacia la fita, es también dar un cuarto de vuelta o una vuelta entera al timón.

Hasta ahora, la nave de nuestro sexo ha navegado, ha bogado con el timón puesto en la línea axial: la mujer con su ruta y el hombre con la suya, pero ahora se va a dar una vuelta al timón de tal manera que el viento que impulsa a la nave o los bogadores van a encontrarse en el mismo punto de partida, van a encontrarse en el primitivo estado de la heterosexualidad. Y decía que a esto tiende (yo ignoro si vamos a ello), que ésta es una de tantas posibilidades, porque todavía nadie sabe en qué sentido debamos colocar nuestro timón sexual. Tampoco sabemos las revoluciones que va a dar nuestro motor en torno de la evolución sexual, no sabemos realmente hacia dónde caminamos, pero caminamos en una de estas tres posibilidades.

Parece ser que en el momento presente nuestras actividades sexuales tienden muy justamente a imprimir este rumbo a nuestra nave, tienden a desviar nuestra nave hacia lo bivalente. Pero la nave que no va a la deriva vuelve al punto de partida, porque hay dentro un motor interno o un gobernante que maneja el gobernalle y que nos dirige en este sentido. Pero esto, si fuera así, está acelerado y está violentado por nuestras disposiciones sociales actuales que tienden justamente a esta ecuación sexual, no a una ecuación de derechos y de deberes, sino en rigor, a una ecuación en cierto modo biológica que ninguna tendencia social

es capaz realmente de determinar, pues siempre ha de ser en torno a imperativos biológicos.

Yo, por lo que a mí respecta, soy hombre que me opondré a esta dirección impuesta por las resoluciones sociales. Es mejor dejar las cosas algo al juego de los libres resortes de la Naturaleza. Ella hará lo que sea, lo que esté en el plan de ella, y el hombre encontrará en el porvenir lo que fuere, pero será siempre en consideración a esto: a que si hoy el hombre y la mujer son dos seres realmente, la única unidad, el ser único, no es realmente la mujer y el hombre; la unidad realmente, el ser andrógino por excelencia, es la mujer y el hombre acoplados, no el hombre y la mujer aislados, sino, según la expresión de Kant, la *pareja humana.*

Feminismo y Pacifismo

Por MATILDE DE LA TORRE

Publicista.

I

Señores:

Al enfrentarnos con los temas de Eugenesia, sabemos que se trata de atacar los errores básicos de la moral social hasta hoy vigente. Moral a la que debemos máximos respetos, porque ella fué necesaria en otro tiempo. Pero esta reverencia hecha a su anterior utilidad no implica acatamiento absoluto a la mayor parte de sus pragmáticas. Todos admiramos las antiguas casas de traza medieval. Mas cuando edificamos la nuestra procuramos que se parezca lo menos posible a ellas. Y si acaso imitamos, por estética, su arquitectura exterior, adaptamos todos sus elementos a nuestro moderno concepto del arte de la edificación familiar. Oscuros pasadizos y estrechas ojivas que se convierten en claras estancias y amplios ventanales. Tomamos y desechamos lo que nos conviene para nuestras necesidades actuales, llevando a los museos los candiles de aceite y los braseros, para instalar la luz eléctrica y la calefacción irradiada.

Así con la moral social. El prejuicio de que las cosas son buenas o malas en lo absoluto y por sí mismas, se desvanece al resplandor de la ciencia de cada día. Nada es bueno ni malo en lo absoluto, sino relativamente en todo caso. La moral social sufre esta ley inexorable de la modificación circunstancial de las cosas. Ley dictada a su vez por otra ley superior: la ley de la Necesidad. Un sentido utilitario del progreso que adapta al momento contemporáneo el hecho antiguo. El argumento de la moral individual no modifica esta tendencia invariable de la sociedad humana. En este aspecto, el valor de las acciones individuales puede semejarse al fenómeno químico de ciertas partículas de un color determinado que, reunidas en grandes masas, producen otro color enteramente distinto.

La moral social, tal como se nos presenta en la tradición, fué durante un inmenso ciclo la propagación a ultranza de la Especie Humana. Sin